

Crujera, entre la irritación y la fascinación

Agustín Quevedo Pérez

Es siempre curioso, y a veces más que nunca, aunque apasionante siempre, escuchar esos juicios espontáneos que se producen dentro del ámbito de una exposición plástica. Sería interesante grabar todo lo que se dice en estos casos en cinta magnetofónica y, pasado el tiempo, escucharlo, poniendo los cinco sentidos en lo que allí se expresa. Y ocurre que estos juicios se prodigan más, se hacen más apasionantes, más intensos y hasta más agresivos en muestras pictóricas como la que está ofreciendo, en la Sala San Antonio Abad de la Casa de Colón, Alfonso Crujera. Una exposición que, en algunos, como pudimos comprobar, produce irritación y en otros -que quizá ni siquiera conocen al pintor- fascinación. Lo que no puede producir nunca esta exposición -creemos- es indiferencia.

Y no la puede producir, porque Crujera interpreta el arte -lo que él vive y concibe como arte- como algo que parte en círculos expansivos -quizá sea la famosa espiral que se mueve de dentro a fuera- desde el creador hasta quienes lo reciben. El que esta recepción no responda a una dialéctica establecida, como que producción es igual a interpretación, no quiere decir que la obra de arte sea rechazada (lo será en tanto en cuanto no entra en los canales maniqueos de marchantes y de intereses preconcebidos), sino que tendrá unos planteamientos distintos, extraños -definidores, acaso, de algo a lo que se tiene miedo de asumir-, que se escapan a los parámetros de aceptación determinados por el sistema.

El sistema social -el social, el religioso, el político, el económico, etc.- es, en definitiva, el que mueve los códigos y también el que propicia que los artistas -esa condición ontológica que crea su propio sistema el margen del otro- adquieran conciencia de su postura y de su independencia. Digamos que la posibilidad de independencia de Crujera sigue estando en su propia rebeldía.

Lo que nos llama la atención en esta obra de Crujera -como se ve es un artista que trabaja sobre sus propias convicciones- es la de que estando dentro de unos planteamientos abstractos, está volcada en una circunstancia plástica irreversible -Crujera no rompe, no rompe nunca la posibilidad de ese principio de complementariedad entre equilibrio y dinamismo-, en la que los signos determinan una desco(s)ificación del mensaje. No son signos orientativos, sino de referencia ideológica. No conotan la historia, la distinguen de cualquier convencionalidad al uso. En cualquier caso, cada obra de Crujera es una consecuencia autorreflexiva del propio proceso creativo.

Lo que sí hay que subrayar es que la presencia de signos como determinantes en los distintos niveles de la obra -por lo general, dos- supone, a quien trate de interpretarla, una nueva experiencia frente a una obra de arte.

DIARIO DE LAS PALMAS, 29/1/82. Las Palmas de Gran Canaria.